





# Cuadernos de tierra





**Manuel Moyano**  
Cuadernos de tierra



menos**cuarto**

© Manuel Moyano, 2020

© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2020

ISBN: 978-84-15740-62-9

Dep. Legal: P-64/2020

Diseño de colección: Echeve

Fotografía de cubierta: © Clem Onojeghuo | Unsplash

Dibujo mapa interior: © Manuel Moyano

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

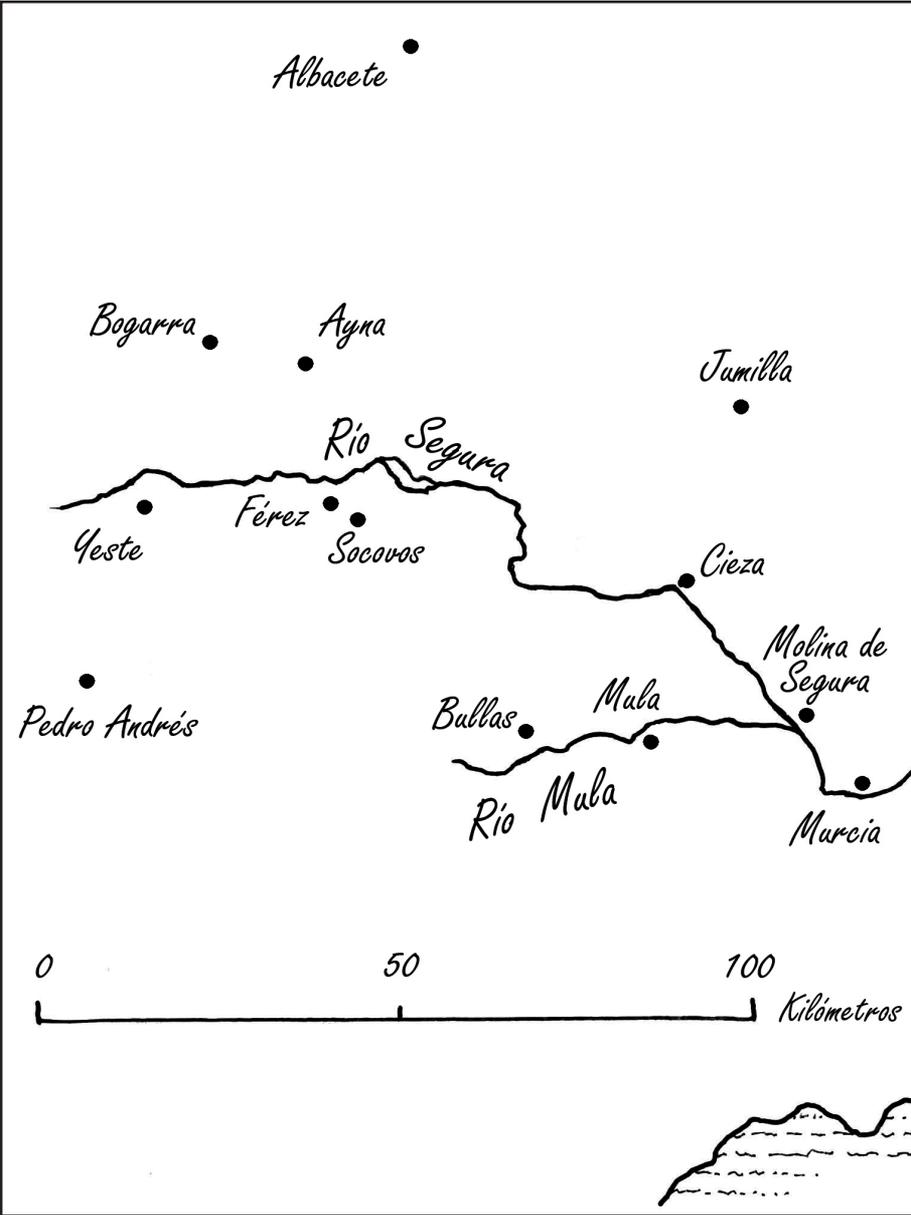
correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«... cualquier hombre es Ulises.»

EUGENIO MONTEJO







## 1

Cuando una madrugada de agosto me alejé de casa caminando por la orilla de cierto río, con intención de llegar hasta su nacimiento en las remotas montañas, no se me pasó por la cabeza que también estaba empezando a escribir un libro. En aquel momento solo me alentaba lo que los anglosajones llaman *wanderlust*, la necesidad imperiosa de vagabundear porque sí, sin justificación ni motivo algunos. No podía imaginar, por tanto, que esa andadura en solitario de cuatro días, recorriendo más de ciento cincuenta kilómetros y durmiendo a la intemperie, sería tan solo la primera de una sucesión; ni tampoco que, durante aquella y las siguientes salidas, tendría noticia de hechos extraordinarios que, con el tiempo, reclamarían ser plasmados en papel.

Por entonces hacía una década que había dejado atrás el *mezzo del cammin*; estaba casado, tenía dos hijos y contaba con un trabajo estable. Aunque, por una razón u otra, siempre mantendré un cordial desacuerdo con el mundo,

nunca me había sentido capaz de renunciar a todo y entregarme al nomadismo puro... Y, sin embargo, cumplidos ya los cuarenta y cuatro años, empecé a verme extrañamente atraído por el vagabundo en soledad a través de grandes espacios abiertos. De mí se adueñó cierta filosofía del camino en las antípodas de lo deportivo; es decir, andar no como un reto físico, sino como la búsqueda de un impreciso estado mental. Pronto descubrí también el poder del camino para transportarme a una dimensión distinta —ajena al devenir ordinario— donde debía resolver necesidades primarias y la casualidad podía brindarme en cualquier recodo algún descubrimiento imprevisto.

Durante los años siguientes, mis exploraciones —por así llamarlas— se circunscribieron al sureste de la Península Ibérica: una región de orografía tortuosa, situada en los confines meridionales de Europa, que se caracteriza por sus veranos férreos, sus inviernos suaves y una vegetación más bien parca; el lugar donde vivo, en definitiva. En los cuadernos que llevaba conmigo fui tomando notas de cuanto observaba, pensaba o me sucedía: los encuentros fortuitos, los paisajes, los estados de ánimo... Algunas de tales notas parecerán sin duda insignificantes, pero ¿quién puede juzgar lo que es o no insignificante en un universo que en su totalidad carece de significado?

Es al azar y no a mí a quien debe atribuírsele el argumento de este libro, que fue creciendo poco a poco y que, como las antiguas epopeyas, trata sobre las peripecias de un protagonista —nada heroico en este caso— que emprende un viaje. De hecho, todas estas excursiones consti-

tuyeron en cierto modo un único viaje, aunque interrumpido por amplios intervalos de existencia cotidiana. A lo largo de más de medio millar de kilómetros tropecé, como he dicho, con varias historias que vinieron a demostrarme lo próximo a nosotros que acecha siempre lo inusitado; historias que me impulsaron a regresar a los escenarios donde habían ocurrido, pero esta vez bajo el papel de investigador. El resultado de tales pesquisas llegó a conformar, tal vez, otro libro dentro de este libro.



Retrocederé entonces a esa primera mañana de verano, cuando empecé a caminar escasamente equipado y con la vaga intención de continuar hasta donde me llevasen las fuerzas. Bastaron pocos kilómetros para dejar atrás el hogar e internarme por la trama de pequeños huertos que se extendía entre la ciudad y el río, mientras el eco del tráfico matutino se iba diluyendo poco a poco en la distancia. El sol se desentumecía ya sobre el ondulado horizonte, listo para abrasarlo todo, pero en el aire sobrevivían aún vestigios del frescor de la noche. Los campesinos más madrugadores se afanaban en sus bancales, escardando o labrando.

Frondosas higueras ofrecían ya sus primeros frutos. Mientras alargaba la mano para coger uno de ellos y saborearlo, me pregunté si mi deseo de andar sería tanto como pretendía hacerme creer a mí mismo: restaban muchos kilómetros para el nacimiento y aún estaba a tiempo de renunciar a aquel impulso insensato. Después de todo, ¿quién me obligaba a remontar a pie el río Segura, el anti-

guo y humilde Thader de los romanos? Nadie, desde luego; pero, puestos a caminar durante días por aquellos parajes semidesérticos y en plena canícula, seguir el cauce de una corriente fluvial —por parca que fuese— me garantizaba al menos el abastecimiento de sombra y agua.

Una hora después me hallaba acodado en una oscura taberna de Lorquí, anotando en un cuaderno estas primeras impresiones, pero sin verdadera intención de escribir nada (de hecho, el cuaderno permanecería años sepultado en un cajón). El hombre que se parapetaba tras la barra, entre una grasienta máquina de café y estantes cargados de botellas de licor, era bajo y medio calvo, con gafas de montura metálica y cierto aire clerical. Me pareció que le fastidiaba regentar aquel negocio, que hubiese preferido dedicar su vida a otra cosa distinta. Tenía la voz fina y atiplada, pero sonó firme y punitiva cuando increpó así a su ayudante:

—Ya te he visto darle dos tientos a la botella esta mañana.

Y el ayudante, que era corpulento y parecía algo torpe y haragán, lo negó con vehemencia infantil, sacudiendo la cabeza como si quisiera espantar una mosca. Su actuación fue tan poco convincente que no me cupo duda de que sí había echado esos dos tragos, cuando no más.

Engullí una magdalena impregnada en café con leche mientras escuchaba la cháchara de los parroquianos. Hablaban de asuntos como el sacrificio de perros enfermos, la fumigación de frutales o los turnos de riego. Sin embargo, lo que terminó acaparando la conversación —rescatándo-

los a todos fugazmente de un tedio secular— fue el partido del Real Madrid celebrado la víspera; al parecer, un futbolista llamado Robben había metido «un gol de esos de cine», permitiendo a su equipo remontar *in extremis* un marcador adverso. En cuanto empezaron a hablar de fútbol dejé, inevitablemente, de prestar atención a lo que decían.

No tardé en pagar mi desayuno y salir de allí. Por delante se extendía el ancho valle, que debía surcar sin otro medio que mis propios pies. El cielo estaba nublado, lo que mitigaría —o al menos retrasaría— la inevitable marea de calor que en breve anegaría la atmósfera. Volví la vista atrás para contemplar Lorquí, el pueblo que acababa de dejar a mis espaldas, una anárquica aglomeración de poliedros grises y ocres que se encaramaba a una reseca colina. Al otro lado del río se divisaba Ceutí, cuya iglesia de cúpula rojiza, con su alto campanario, evocaba vagamente la silueta de una mezquita. A esas alturas ya me había alejado lo suficiente de casa y, mientras atravesaba campos de melocotoneros ya cosechados, empecé a sentir por fin el cosquilleo del vagabundaje, el extraño placer de andar sin fecha de regreso ni un objetivo exacto.

En esta época en la que todo se quiere medido y controlado, donde todo ha de estar reglamentado, lo que me había propuesto parecía a ojos de mis allegados una gran aventura, una audacia rayana en la temeridad. Yo no lo veía así. Simplemente quería caminar, dormir donde me sorprendiera la noche, alejarme de todo durante unas jornadas. De vez en cuando, el animal que habita dentro de

nosotros necesita huir de la rutina para sentirse libre. El itinerario era, pues, lo de menos. De haber vivido en el norte de la Península tal vez hubiera seguido el Camino de Santiago; pero no me atraían las rutas muy transitadas, ni tampoco necesitaba ligar mi peregrinaje a un motivo religioso.

Pronto sobrepasé la villa de Archena, publicitada por sus aguas termales desde tiempos de la dominación romana. En aquel tramo, el cauce se hallaba poblado por grandes árboles —pinos, álamos, palmeras— que le procuraban una increíble frondosidad. En cuanto el sol asomó entre las nubes, las chicharras entonaron su frenética música de violines enmohecidos, agravando la sensación de calor. Divisé en la orilla opuesta a media docena de veraneantes en las piscinas del balneario. Podía oír con toda claridad sus risas y chapoteos. Nada me impedía abandonar en ese mismo instante el camino, cruzar el río por el puente más cercano y zambullirme alegremente entre ellos. Continué adelante, sin embargo, porque ya empezaba a encontrar cierto bienestar (un bienestar paradójico) en autoinfligirme aquella suerte de castigo.

Tiempo después llegué a Ulea, entre cuyas casas de color tierra, mimetizadas con el paisaje, pude ponerme por fin a resguardo del implacable sol. Altas montañas rocosas donde no crecía una brizna de hierba parecían custodiar el pueblo como taciturnos gigantes. En una tasca llamada La Orza escuché una conversación clónica a la de Lorquí sobre la heroica remontada del Real Madrid. Tras apurar un refresco de naranja, me interné por la fértil vega pobla-